

Antioquia y su desarrollo económico

Escribe: ABEL CRUZ SANTOS

Se ha enriquecido el Archivo de la Economía Nacional que, de años atrás, reimprime el Banco de la República, con la versión al castellano de un excelente libro, modelo en su género: **El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920**. Su autor es el profesor inglés Roger Brew, quien con un aporte bibliográfico exhaustivo ha realizado un estudio, en el cual se complementan admirablemente el investigador y el intérprete.

Para apreciar, en todo su conjunto, el desarrollo antioqueño, precisa remontarse a la época colonial, cuando el Oidor Juan Antonio Mon y Velarde, visitador de la Real Audiencia de Santafé, se internó en ese territorio, en el período de 1785 a 1788. Nada escapó al impulso renovador que lo inspiraba. Fundó varias poblaciones, fomentó la educación pública, organizó la administración de las ciudades, dio normas precisas para tecnificar la minería, sin descuidar la agricultura. Avizorando el porvenir que en esa región tendría la industria textil, no sólo recomendó la producción de lana y algodón, sino que, a su costa, importó los primeros telares. Y todo esto sin perder de vista al aborigen, a quien defendió de las depredaciones de los encomenderos.

Factores favorables al desarrollo

Anota, en primer término, Roger Brew, la tradicional solidaridad en las familias antioqueñas, célula de la sociedad comercial. A las industrias básicas: la minería, el café, el comercio, la banca, los textiles, están vinculados los más importantes apellidos: los Arrublas, los Montoyas, los Restrepos, los Ospinas, los Vásquez, los Echevarrías, etc.

Después de la malograda insurgencia del General José María Córdoba, en 1829, y cuando en 1864 el Presidente Manuel Murillo Toro reconoció al Gobernador triunfante Pedro Justo Berrío, por su manifiesta adhesión al régimen federal, Antioquia se mantuvo al margen de las guerras civiles en su territorio. Al decir de Luis López de Mesa, el antioqueño ama la paz, el progreso y la vida civil, ha luchado siempre en defensa de las instituciones políticas y religiosas, a las cuales profesa adhesión inextinguible.

Los antioqueños supieron aprovechar oportunamente la tecnología extranjera para su desarrollo económico. Al respecto Roger Brew trae interesantes referencias. Los ingenieros extranjeros “eran socios indispensables en las empresas y a los antioqueños no solo les gustaba que sus hijas se casaran con sus socios, sino que estaban interesados en que la educación y la cultura general de estos hombres de formación académica, elevara el nivel cultural de sus propias familias, que hasta entonces habían tenido una educación formal muy reducida”. Y a continuación menciona casos concretos: La familia sueca De Greiff y el conde francés Bourmont; los hermanos ingleses White, hijos de un arquitecto naval; el ingeniero inglés Tyrell Moore llegó a Antioquia a vincularse a las minas de Marmato; el mecánico alemán Enrique Haeusler construyó maquinaria para las minas y contrató con el gobierno de Antioquia la construcción de varios puentes. “Moore salió de Antioquia con su esposa, de familia liberal, y estableció una hacienda cafetera en Sasaima, Cundinamarca”. Y siguen más casos: Otro sueco, Pedro Nisser, no llegó solo: trajo un mecánico alemán y dos ingleses, que trabajaron en la mina de Las Cruces, cerca a Santa Rosa de Osos. Otro sueco, Carlos Sigismundo de Greiff vino a las minas de Marmato en 1826. Sus hijos fueron ingenieros notables. Otro ingeniero alemán, Carlos Greiffenstein “puso sus habilidades técnicas y empresariales al servicio de varias industrias manufactureras incipientes, situadas en Medellín”. El inglés Edward Walker, empleado en las minas de Marmato, “contrajo matrimonio con una muchacha distinguida de Sonsón y sus hijos fueron comerciantes, propietarios de minas y dueños de haciendas de café en Manizales”. Por último, para no alargarnos demasiado, mencionamos el caso de los hermanos White, hijos de un constructor de barcos, contratados por el gobierno nacional, en 1870, para introducir la navegación a vapor en el alto Cauca. Uno de ellos, John H. White, construyó

el camino de occidente y escribió sobre tecnología y desarrollo económico.

La minería y el comercio

La minería fue para el antioqueño punto de partida para su desarrollo económico. De 1820 a 1880, esa industria, superando difícilmente la explotación rudimentaria, introdujo las primeras innovaciones técnicas. Y de 1890 en adelante “cuando el capital y la tecnología extranjeros empezaron a cambiar los patrones de empleo en las minas de aluvión, puede llamarse el siglo de oro del minero independiente”.

El minero independiente se clasificaba en dos grupos: el **mazamorrero** y el **asalariado**. El primero, negro o mulato, extraía el oro con una batea en los ríos, combinando ese trabajo con labores agrícolas. El **asalariado** trabajaba para las compañías de minas de veta o en las grandes minas de aluvión. “El atractivo que ejerció la minería para los antioqueños —comenta Roger Brew— explica en gran parte que éstos no hayan desarrollado las industrias artesanales y domésticas, como sucedió en los Santanderes, donde estas actividades absorbieron parte de las energías de la población agrícola”.

Desde la época colonial y, posteriormente, cuando la independencia y la república, era Antioquia el primer productor de oro, el más importante producto de exportación, lo cual le permitía controlar las finanzas y el comercio internacional en Colombia. Además, el oro le permitía al antioqueño comerciar con las otras regiones del país y disponer de la mayor capacidad importadora. Surgió entonces la clase empresarial. El comerciante fue producto de la minería. “Eran hombres sin pretensiones aristocráticas y no permitieron que sus hijos las tuvieran, tenían una ética puritana y fortaleza de ánimo, trabajaban duro, eran frugales y modelos de tipo empresarial”. Primero Jamaica, después Europa y Estados Unidos fueron los centros despachadores de manufacturas extranjeras para el consumidor colombiano, cuando el libre cambio era el **desideratum** en los dirigentes de la economía.

Hasta mediados del siglo XIX “las únicas carreras de tipo académico que tenían prestigio en Antioquia eran la medicina y el derecho”. Y, según se lee en “La Restauración”, periódico de

Medellín, en 1864, “Desde que un niño cumple la edad de diez o doce años, sus padres lo llevan a un almacén o tienda y se consagran a inculcarle con ahínco, una educación exclusivamente especuladora y comercial, un manejo hábil en el tanto por ciento, sin pensar nunca en hacerle aprender en las casas de enseñanza, los conocimientos indispensables para poder aparecer ante una sociedad culta”.

Don Mariano Ospina Rodríguez, hombre de cultura superior, no les recomendaba a sus hijos carreras literarias o académicas. “Las nueve décimas partes —les escribía— de los capitalistas de aquí y de Bogotá que conocí cuando era joven, empezaron a trabajar como mercaderes sin un centavo, y todos se han hecho ricos por el comercio”.

Entre 1872 y 1883 se fundaron en Antioquia doce bancos, para recibir depósitos, hacer préstamos a interés y gozar del privilegio de emisión que en aquella época no estaba centralizado. Como se miraba con desvío los billetes del Banco Nacional, carentes de convertibilidad, la banca privada gozaba de la confianza general y en muchos casos le hacía préstamos a los gobiernos seccionales.

La industria cafetera

Con posterioridad a los cultivos de Santander y Cundinamarca, el café irrumpe en Antioquia en 1870, como industria organizada. Las familias Ospina y Vásquez se vincularon, con entusiasmo, a ese cultivo. Don Mariano Ospina Rodríguez, a su regreso de su exilio en Guatemala, publicó un interesante estudio sobre el cultivo del café, fruto de sus experiencias en Centro América. Y, con miras a la exportación del artículo, se firmó, en 1874, el contrato para el ferrocarril de Medellín a Puerto Berrío. Y a partir de 1885, utilizando el transporte férreo, se iniciaron las exportaciones, en creciente aumento. De 5.208 sacos de 60 kilos en aquel año se llegó, en 1903, a 138.200; en 1925 a 483.188. Y así sucesivamente, hasta alcanzar la primacía.

“Medellín, en el siglo XIX, era una ciudad de vida modesta, ‘donde se miraba con desconfianza el lujo que unos pocos se podían dar’. Y cuando el buen precio del café le permitía a los antioqueños comprar manufacturas extranjeras, se les tachaba de antipatriotas, por no utilizar los textiles de algodón, que ya empezaban a fabricarse en forma rudimentaria”.

De la fabricación de sombreros de paja —su primer producto de exportación en el siglo XIX— sacaron impulso los antioqueños para establecer la industria textil. Que anteriormente habían ensayado, con malos resultados. Pero en 1877 Indalecio Uribe, vecino de Sonsón, empezó a fabricar telas de lana. Trajo de Europa un telar e inventó una máquina para cardar. Sonsón, de clima frío, resultaba tierra apropiada para la cría de ovejas. Los telares de Uribe se podían adaptar también para telas de algodón. Las máquinas de Uribe eran muy sencillas y las podían manejar mujeres y niños. El Estado de Antioquia le concedió al mencionado industrial un privilegio de catorce años para explotar “una máquina de su invención, destinada a cardar lana, así como para establecer una máquina de tejidos introducida y mejorada por él”.

Los buenos resultados obtenidos por su pequeña industria en Sonsón estimularon a Uribe a establecerse en Medellín con un hermano para fabricar telas de algodón, utilizando la materia prima de la región de Frontino y Dabeiba. Irrumpió entonces una fábrica en Bello, donde posteriormente se instalarían las modernas maquinarias textiles, utilizando el potencial de energía eléctrica allí existente.

Pero en sus comienzos las telas de la modesta fábrica de Indalecio Uribe tuvieron que afrontar la competencia de las que se producían en Santander en forma menos rudimentaria y que lograban penetrar a Antioquia a pesar del alto costo del transporte. El algodón era difícil de conseguir. Resultó un fracaso financiero el ensayo que se hizo para cultivar la morera, en grande escala, para producir el hilo de seda. De suerte que al final del siglo XIX la industria textil antioqueña era de escasa significación económica. Pero la capacidad de superación de sus gentes no se dio por vencida. Ya se había creado un creciente interés en esa actividad industrial. La mano de obra barata y el potencial hidráulico contribuyeron a sacarla adelante. Además, el ferrocarril se convirtió en verdadera protección arancelaria. Y en la primera década del siglo XX la participación antioqueña en las fábricas de textiles era de un 26%; diez años más tarde de un 35%; en 1945 subió al 55%. Hasta llegar la posición predominante que tiene en la actualidad, al colocarse a la cabeza de las llamadas exportaciones menores.

Otras industrias importantes

Aun cuando el antioqueño se alimenta tradicionalmente de maíz, fríjoles y panela, registra en Colombia el más alto consumo de carne. Porque existe una evidente conexión entre la minería y el consumo de carne. “En los años treinta y cuarenta del siglo pasado —escribe Roger Brew— las tierras del suroeste de Medellín y las del Valle del Cauca fueron objeto de intensa colonización por parte de los comerciantes de Medellín que las habían comprado al gobierno. En general en Antioquia el número de cabezas de ganado aumentó más rápidamente que la población”.

Y fue así como se fundaron las haciendas especializadas en la ceba de ganado en las laderas del Cauca medio. Años después se cebaba en esas haciendas el ganado traído de las llanuras de Bolívar para venderlo en Medellín y en las regiones mineras. Se hicieron las primeras importaciones de razas extranjeras. Y a principios del siglo XX se importaron a Antioquia el yaraguá y el micay para las distintas regiones ganaderas. Finalmente, se llegó a la especialización de la industria, entre la ganadería de cría y la de ceba. Hasta que a la mitad del siglo XX la ganadería se ha convertido en uno de los más importantes soportes de la economía antioqueña.

También se interesaron los terratenientes antioqueños, a mediados del siglo XIX, por los cultivos del cacao, el tabaco y el algodón para atender a la demanda de los mercados regionales. Y, con fines a la exportación, cultivaron añil, vainilla, morera. Pero la experiencia demostró que el suelo de Antioquia no era propicio para la agricultura tropical. Además, esos cultivos afrontaban insuperables dificultades de transporte. En cambio, el maíz, que se puede cultivar en gran parte del territorio colombiano, ha sido tradicionalmente, con el fríjol, insustituible en la dieta alimenticia del pueblo antioqueño.

La colonización antioqueña

El ímpetu colonizador de Antioquia irrumpió desde la Colonia. La búsqueda del oro fue su primer acicate. Como la política económica de España gravitaba sobre la industria extractiva de los metales preciosos, se abandonó la agricultura, con la con-

secuente escasez de alimentos, a tiempo que los antioqueños exhibían la más alta rata de natalidad. Por eso los que no eran terratenientes se vieron obligados a emigrar. De Sonsón y Abejorral, en el sur, y de Fredonia, en el norte, partieron los primeros colonos hacia los que hoy son los departamentos de Caldas y Tolima. Avanzaron hacia el sur, hasta más allá de Popayán, en las tierras de Moscopán, en el Huila. Se instalaron después en la región septentrional de Antioquia, hacia el Chocó, en tierras del Sinú y en el valle del río Nus. Finalmente, en las últimas décadas del siglo XIX llegaron al Valle del Cauca, a las estribaciones de la Cordillera Central.

A partir de 1789 surgieron los pueblos fundados por colonos antioqueños: Sonsón, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales. A mediados del siglo XIX se funda Pereira, que inicia la colonización del Quindío, con las fundaciones de Salento, Finlandia, Montenegro, Calarcá, Armenia, Sevilla, etc.

Sin el extraordinario episodio de la colonización antioqueña no tendría el café la posición que hoy tiene en el comercio internacional de Colombia. El colono antioqueño, a fines del siglo pasado, ya no buscaba el oro en los socavones de las minas y en el lecho de los ríos. Penetró en la montaña, descuajó árboles milenarios, se volvió agricultor, ganadero, comerciante. Y en nuestra época, no hay región de Colombia donde no ha llegado el antioqueño con su admirable esfuerzo de creador de riqueza.

Bibliografía

- Brew, Roger. **El Desarrollo Económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920.** Publicaciones del Banco de la República. Archivo de la Economía Nacional. Bogotá, 1977.
- Calderón, Clímaco. **Elementos de Hacienda Pública.** Imprenta La Luz, Bogotá, 1911.
- Camacho Roldán, Salvador. **Memorias.** Editorial ABC. Bogotá, 1946.
- Cruz Santos, Abel. **Economía y Hacienda Pública.** Vol. XV, Tomo I Historia Extensa de Colombia. Ediciones Lerner. Bogotá, 1965.
- Gaviria Toro, José. **Monografía de Medellín, 1875-1925.** Medellín, 1925.
- López Toro, Alvaro. **Migración y Cambio Social en Antioquia en el Siglo XIX.** Bogotá, 1970.
- López de Mesa, Luis. **Disertación.** Editorial El Gráfico. Bogotá, 1939.
- Monsalve, Diego. **Colombia Cafetera.** Barcelona, 1927.

Parsons, James. **La Colonización Antioqueña en el Occidente de Colombia.** Publicaciones del Banco de la República. Archivo de la Economía Nacional. Bogotá, 1961.

Restrepo Euse, Alonso. **Historia de Antioquia.** Medellín, 1908.

Robledo, Emilio. **Bosquejo Biográfico del Oidor Juan Antonio Mon y Velarde.** Publicaciones del Banco de la República. Bogotá, 1954.

Robledo, Emilio. **Vida del General Pedro Nel Ospina.** Autores Antioqueños, Vol. 8. Medellín, Imprenta Departamental, 1959.

Restrepo, Vicente. **Estudio sobre las minas de oro y plata en Colombia.** Publicaciones del Banco de la República. Archivo de la Economía Nacional. Bogotá, 1952.

Ospina Vásquez, Luis. **Industria y protección en Colombia, 1810-1930.** Medellín, 1955.

Stafford, Frank. **La significación de los antioqueños en el desarrollo colombiano.** Anuario Colombiano de Historia Social y Cultural. N° 2. Bogotá, 1965.